

EL PANTEÓN DE LA PATRIA



© Carlos Furman.

Gentileza prensa complejo teatral Buenos Aires

Escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje. No se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo será vuestro.

Domingo F. Sarmiento

PERSONAJES DEL DRAMA

JOSÉ MARÍA PAZ, En *Historia de la confederación Argentina*, dice Adolfo Saldías que Paz era rígido y grave, cultísimo, correcto sin afectación, modesto, tímido.

EL LOCO.

MANUEL BELGRANO.

MARGARITA WEILD/IDA WICKERHAM/AURELIA VÉLEZ, la misma mujer.

Escenario

Noche de insomnio en la Aduana de Santa Fe. Celda de PAZ. Mobiliario rústico y elemental, libros, varias jaulas de mimbre, una horma de zapatero.

JOSÉ MARÍA PAZ, con su sola mano, está construyendo trabajosamente una jaula de mimbre para pájaros. Es noche. Suenan campanadas de alguna iglesia cercana. PAZ consulta su reloj y con gesto de molestia ajusta la hora. Habla solo.

PAZ. «Habíamos andando cerca de tres leguas, la noche se acercaba, cuando escuché distantemente un tiroteo. Mandé avanzar al Comandante Isleño, y a Ramallo, para que me instruyesen de las posiciones de los contendientes. Entretanto despaché un ayudante al Coronel Pedernera, para que a la mayor brevedad mandase una compañía de Cazadores para terminar aquella operación. El ayudante me hizo avisar que Pedernera se había quedado muy atrás. Resolví aproximarme en persona al teatro del combate, y esperar allí la caballería. A poco trecho, el baqueano me propuso acortar el camino siguiendo una senda que se separaba a la derecha: acepté.

A sus espaldas aparece una jovencita, Es MARGARITA WEILD. Chista pero PAZ no la escucha.

PAZ. Y nos dirigimos por ella: este séptimo incidente fue el que decidió mi destino. Cuando me hallaba a una distancia proporcionada del teatro del combate, lo que podía calcular por el fuego que se sostenía, mandé adelantar a mi ordenanza para que haciendo saber al oficial que mandaba la guerrilla que yo me hallaba allí, viniese a darme los informes que deseaba. Creía que, por su orden natural, la fuerza que me pertenecía, estaría en aquella dirección...».¹

MARGARITA. ¿Otra vez hablando solo?

PAZ. (Sorprendido.) Estaba rezando.

Ella comienza a moverse inquieta por la celda. PAZ le responde envarado y tenso.

MARGARITA. «Una cajita chiquita, blanca como la cal, todos la saben abrir, nadie la sabe cerrar». (PAZ niega con la cabeza, ella sonriente.) El huevo. Cae de una torre y no se mata, cae en el río y se desbarata. (PAZ vuelve a negar con la cabeza) El papel. Y hablando de papel, aquí le traje. Tinta, velas y *Las Catilinarias* de Cicerón (*se los entrega*). ¡Qué noche tenemos hoy! Uno fácil: «Chiquito como un ratón, fuerte como un león», ¿qué es?

1. Memorias del General Paz.

PAZ. El candado.

MARGARITA. Muy bien.

PAZ. Esta me lo preguntaste la semana pasada.

MARGARITA. ¿Le recorto el cabello? ¿Quiere que le lea? ¿O jugamos a las cartas?

Hace una pequeña prestidigitación con el mazo y ríe.

PAZ. Por favor, quédate quieta. Pareces una cotorrita.

MARGARITA. ¿Le cambio las flores?

PAZ trata de contener la inquietud de la muchacha.

PAZ. ¿Qué te pasa hoy?

MARGARITA. Lo amo, tío, lo amo.

PAZ. *(Retrocediendo.)* «¡No sabes lo que dices! ¡No sabes lo que dices!»² Fuera, fuera.

MARGARITA sale. PAZ se arrodilla y reza. Pausa. Desde la ventana se descuelga trabajosamente un hombre mayor: Camisón, robe de chambre y gorro de dormir: es EL LOCO. PAZ sigue rezando. EL LOCO carraspea.

EL LOCO. Buenas...

PAZ. ¿Usted otra vez?

EL LOCO. Usted me mandó a llamar. Si molesto me voy.

EL LOCO vuelve a trepar hacia la pequeña y alta ventana.

PAZ. «El Coronel Pedernera y su compañía de Cazadores había quedado muy atrás. El baqueano me propone salir del camino principal y seguir una senda, y acepté».³

EL LOCO. ¿Otra vez con eso? ¿Para eso me llamó?

PAZ. Yo soy un militar, quizás el mejor. Tengo que saber cuál fue mi error. Yo necesito hablar de estas cosas con otro militar. Belgrano, por ejemplo. Ojala él estuviera aquí y no usted.

EL LOCO. Pero estoy yo y es lo que hay. Ya hablamos mil veces de su apresamiento. Fue azar.

PAZ. Sí, azar. En el combate las fuerzas habían girado y el enemigo estaba más cerca de mi posición.

EL LOCO. O imprudencia. Un jefe, racional y matemático, tiene que conocer el terreno pero no debe arriesgar la comandancia.

PAZ. ¡Azar! La fuerza federal no llevaba divisa punzó, sino blanca y yo llevaba un gran chaquetón nuevo que nadie conocía.

EL LOCO. O soberbia. El hombre se embriaga con sus éxitos. La Tablada, Oncativo. Usted ha leído las tragedias. «Los dioses ciegan a quienes quieren perder»: Plutarco.

PAZ. Mire quien habla. Soberbia, no. Yo soy un hombre con temor de Dios.

2. Ídem.

3. Ídem.

EL LOCO. Esa son cosas que se dicen.

PAZ. Quien tiene fe, su palabra es de verdad.

EL LOCO decepcionado sacude la cabeza.

PAZ. «Veo levantados, sobre la cabeza de Arana, uno o dos sables, en acto de amenaza. Se me ocurrió que podía ser un juego o chanza, común entre los militares...».⁴

EL LOCO. Vamos, deje de dar vueltas. ¿Para qué me llamó?

Pausa.

PAZ. «La vivacidad de mi genio me hizo muchas veces traspasar los límites de la prudencia».⁵

EL LOCO. Aja...

PAZ. Yo he tratado de imponerle silencio a mis sentimientos. Tengo costumbres rigurosas...

EL LOCO. Y la rara virtud de hacerse impopular. Eso se sabe.

PAZ. «Yo siempre ignoré el encanto del abandono, de la intimidad, de la confianza. Hay que hacerse superior a la pasión y no manifestarla...».⁶

EL LOCO. ¡Cuántas vueltas, general! Suelte el buche.

PAZ titubea pero finalmente habla.

PAZ. Estoy enamorado.

EL LOCO. No lo puedo creer.

PAZ. Sí, estoy enamorado.

EL LOCO. Por lo que vi, usted la rechazó.

PAZ. Es la noche más feliz de mi vida. Me caso.

EL LOCO. ¿Se casa?

PAZ. Sí, le pedí la dispensa al arzobispo de Buenos Aires y me la concedió.

EL LOCO. ¿Y por qué se la pidió?

PAZ. Margarita es mi sobrina carnal.

EL LOCO. ¿Y con eso?

PAZ. Soy su tío.

EL LOCO. (*Levantando los hombros.*) ¿Y entonces?

PAZ. Usted es inmoral.

EL LOCO. El inmoral es usted que se casa con su sobrina, a la que tuvo en el regazo cuando era niña. (*Lanza una carcajada.*)

PAZ. Así yo me he sentido: sucio, lujurioso. Por eso pedí la dispensa de monseñor. Ahora Dios bendice mis sentimientos.

4. Ídem.

5. Ídem.

6. Ídem.

- EL LOCO. Mal hecho. No hay que pedir permiso a los curas para nada. Haga lo que tiene que hacer y déjese de joder. ¿Qué dice la muchachita?
- PAZ. Ella me ama.
- EL LOCO. Por lo que pude espiar además de amarlo lo persigue.
- PAZ. Ella es una flor, bella e inocente.
- EL LOCO. Usted de mujeres no sabe nada.
- PAZ. «Yo sufrí una gran amargura por causa de una mujer. Así como soy concentrado en mi mismo se me hizo más intolerable».⁷
- EL LOCO. ¿Quién era?
- PAZ. Eso me lo guardo. Yo desmayé infinito por esa mujer.
- EL LOCO. Dígame «manquito zalamero y fallador»:⁸ ¿Ella valía su dolor?

EL LOCO toma Las Catilinas y PAZ se las arrebató.

- EL LOCO. Yo estudie toda Grecia de memoria, y después a los romanos.
- PAZ. (*Lee*) «Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? quam diu etiam furor iste tuus nos eludet? quem ad finem sese effrenata iactabit audacia? Nihilne te nocturnum praesidium Palati, nihil urbis vigiliae, nihil timor populi, nihil concursus bonorum omnium, nihil hic munitissimus habendi senatus locus, nihil horum ora voltusque moverunt? Patere tua consilia non sentis, constrictam iam horum omnium scientia teneri coniurationem tuam non vides? Quid proxima, quid superiore nocte egeris, ubi fueris, quos convocaveris, quid consilii ceperis, quem nostrum ignorare arbitraris? O tempora, o mores! Senatus haec intellegit. Consul videt; hic tamen vivit. Vivit? immo vero etiam in senatum venit, fit publici consilii particeps, notat et designat oculis ad caedem unum quemque nostrum. Nos autem fortes viri satis facere rei publicae videmur, si istius furorem ac tela vitemus. Ad mortem te, Catilina, duci iussu consulis iam pridem oportebat, in te conferri pestem, quam tu in nos [omnes iam diu] machinaris».⁹

EL LOCO, cual indignado Cicerón, traduce al mismo tiempo.

- EL LOCO. ¿Hasta cuándo, Juan Manuel de Rosas, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuánto tiempo hemos de ser todavía juguete de tu furor? ¡Qué! ¿No han contenido tu audacia ni la guardia que vela toda la noche en el monte Palatino, ni el templo fortificado en que el Senado se reúne hoy, ni los semblantes augustos e indignados de los senadores? ¿No has comprendido que ha sido descubierta la conjura permanente de mazorca y degüello? ¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres! ¡El senado conoce esas conjuras, el cónsul las ve y el Degollador vive todavía! ¡He dicho vive? Más aún, ¡Reina en la ciudad, donde clava su puñal de gaucho rubio. En el seno de la patria acampa un ejército de brutos, de ignorantes, levantados contra la república, un ejército que la amenaza desde los arrabales, donde gauchos analfabetos con sus tacuaras de tijeras de esquilar aterran a los buenos ciudadanos. Y el caudillo de ese ejército, el jefe de esos enemigos

7. Ídem.

8. Expresión referida a Paz en una carta personal, de parte de una mujer hasta hoy desconocida.

9. Catilinas, de Cicerón

se halla entre nosotros, Catilina, se sienta en el Senado y lo estamos viendo construir la ruina de la república.

Pausa.

EL LOCO. ¿Así que por su sobrina me llamó tan apurado? ¡Está enamorado! ¡Por fin! Si no fuera por su madre, usted se muere soltero.

PAZ. Desde la guerra con el Brasil que madre me pide que me case con Margarita.

Pausa.

EL LOCO. ¿Cuándo se va a escapar y matar al Degollador?

PAZ. Estamos hablando de otra cosa.

EL LOCO. Se lo repito: ¿Cuándo se va a escapar y matar al Degollador?

PAZ. ¿Cómo, dígame, cómo? Cada vez que escucho que abren la puerta, creo que mandarán al Remanso. (*Gesto de degüello.*)

EL LOCO. El Gaucho rubio sólo le tiene miedo a usted.

PAZ. Yo lo llamo para compartir una alegría y lo único que hace es presionarme. Hoy quiero vivir el amor.

EL LOCO. Para eso no necesita casarse.

PAZ. El amor y la unión física sólo están permitidos en el matrimonio cristiano.

EL LOCO. A mí me gustan las mujeres con pasión, con instinto, con ferocidad.

PAZ. Eso ya se sabe.

EL LOCO. La moral católica es el atraso, hasta en las sábanas. Ya que se va a casar le voy a dar unos consejos.

PAZ. A usted no le ha ido también en el matrimonio como para dar consejos.

EL LOCO. «Cuando riñan, guárdese por Dios de insultarla».

PAZ. Jamás no peleamos y yo soy un hombre que se sabe controlar.

EL LOCO. Pero ya se pelearán. ¿Mire lo que me está haciendo la fea a mí? Sacándome canas verdes. «Si en la primera riña le dice usted 'bruta', en la segunda le dirá 'infame', y en la quinta, 'puta'. Tenga usted cuidado con las riñas y tiemble usted, no por su mujer, sino por la felicidad de toda su vida. Y no haga a su esposa perder el pudor a fuerza de prestarse a todo género de locuras».¹⁰

EL LOCO. Yo no soy como usted. La lujuria es un pecado, la lascivia es un vicio.

EL LOCO. ¡A usted en Córdoba los curas le arruinaron la mente!

PAZ. No voy a permitir que usted se burle de la Iglesia. ¡Basta! Váyase por la misma ventana por la que entró volando.

10. Carta de Sarmiento a su primo recién casado.

EL LOCO. (*Pícaro y malicioso.*) Mire, «yo he agotado algunos amores y he concluido por mirar con repugnancia a mujeres apreciables que no tenían a mis ojos más defectos que haberme complacido demasiado. Los amores ilegítimos tienen eso de sabroso...»¹¹

PAZ. El mío no es ilegítimo. Recé a Dios para que viera que dentro de mi corazón no hay más que amor por Margarita.

Aparece IDA WICKERSHAM, de espalda. EL LOCO se le acerca. Ella habla un elegante inglés bostoniano. En un inglés trabajoso y torpe de sintaxis, EL LOCO.

EL LOCO. ¿Quiere que algún día vayamos a caminar por los jardines del Smithsonian?

IDA. ¿Qué?

EL LOCO se avergüenza por sus errores y vuelve a repetir la frase titubeante. La mujer le sonrío con picardía. Suenan otra vez unas campanas. EL LOCO mira la hora.

IDA. ¿Usted dice solos, mister Sarmiento?

PAZ. Otra mujer casada. Pecado de lujuria.

EL LOCO. Yo había estudiado francés, Paz. Hasta en eso vamos para atrás en la historia. El inglés es la lengua del futuro.

PAZ. ¿Qué edad tiene?

EL LOCO. Ella 33.

PAZ. Y usted, 50.

EL LOCO. Más o menos, como usted y su sobrina.

PAZ. Yo mañana me casaré ante Dios con Margarita para serle fiel siempre. Yo la amo.

EL LOCO. Ah..., usted ama ¿Y lo mío qué es?

EL LOCO. Lo de siempre: instinto.

EL LOCO e IDA están recostados sobre el pasto del jardín de Smithsonian. Él comienza a leer.

EL LOCO. «¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta...»¹²

IDA. ¿Es el libro que le publicó la viuda?

EL LOCO. ¿Qué viuda?

IDA. No se haga el tonto. Mary Peabody Mann.

EL LOCO. Sí. El *Facundo*.

IDA. Entonces no me lo lea.

EL LOCO. No sea celosa.

IDA. Leo yo. Dickens: «For the next eight or ten months, Oliver was the victim of a systematic course of treachery and deception. He was brought up by hand. The

11. Ídem.

12. Texto inicial de *Facundo*.

hungry and destitute situation of the infant orphan was duly reported by the workhouse authorities to the parish authorities. The parish authorities inquired with dignity of the workhouse authorities, whether there was no female then domiciled in 'the house' who was in a situation to impart to Oliver Twist, the consolation and nourishment of which he stood in need».¹³

EL LOCO. (A PAZ, mientras ella lee) «¿Por qué una mujer virtuosa ama a un calavera? ¿Por qué una beldad ama a un hombre feo? ¿Por qué una sobrina ama a su tío? Porque lo ve oprimido y sale valientemente en su defensa. A usted por su prisión, a mí por la muerte de mi hijo en Paraguay. Una mujer es madre o amante, nunca amiga».¹⁴

IDA. The workhouse authorities replied with humility, that there was not. Upon this, the parish authorities magnanimously and humanely resolved, that Oliver should be 'farmed', or, in other words, that he should be dispatched to a branch-workhouse some three miles off, where twenty or thirty other juvenile offenders...

Él se acerca a su boca mientras ella se escapa traviesamente y sigue leyendo. La besa, ella sigue leyendo, vuelve a besarla. Ambos se besan apasionadamente.

PAZ. No se justifique. No sabe retener su carácter.

El LOCO saca una pequeña estatuilla de su bata: es una réplica barata de la Venus de Milo.

EL LOCO. Le traje un regalo de casamiento.

PAZ. Una mujer desnuda.

EL LOCO. Cultura clásica: La Venus de Milo. ¿La conoce? (*Lee.*) «A la grata memoria de las mujeres que me amaron y me ayudaron en la lucha por la existencia».

PAZ. Yo no he tenido *mujeres*, como usted.

EL LOCO. «Hay las mujeres de la Biblia, hay las mujeres de Shakespeare, hay las de Goethe. ¿Por qué no ha de haber las mujeres de Sarmiento?»¹⁵ (*Pequeña pausa.*) Aquí como me ve, haciéndome el galán, yo he sido cornudo. Benita... (*Gesto de cuernos con las manos.*)

PAZ. Lo mismo que usted le hizo a otros maridos. No me arruine la noche. Mi ángel del cielo y yo nos casaremos y Dios bendecirá nuestro amor.

El LOCO se ensombrece de repente. Se levanta, pasea por la celda y mira hacia la noche a través de las rejas.

EL LOCO. Estrellas como piedras, galaxias de leche... ¡El Gran Arquitecto! (*Pausa.*) ¡Qué país de mierda! Ni un observatorio tenemos. En Estados Unidos, las mujeres son libres como las mariposas.

PAZ. Nosotros tenemos costumbre católicas.

EL LOCO. Pagan una pensión para estudiar. Esa es la democracia norteamericana. Protestante.

PAZ. Herejes.

13. *Oliver Twist*, de Charles Dickens.

14. Carta personal de Sarmiento.

15. Ídem.

EL LOCO. «¡Abajo el matrimonio católico, romano, bárbaro!»¹⁶

PAZ. ¡Váyase! ¡Váyase o...!

EL LOCO. Castígueme si quiere. Yo no le pego a un inválido.

PAZ va hacia EL LOCO, apenas puede contener su indignación.

PAZ. Tengo lo que usted no ha tenido ni tendrá nunca: heridas por la Patria. Yo a mi patriotismo lo puse en el cuerpo y no en las palabras, que no duelen. Esta mano muerta es mi escritura.

EL LOCO. El cuerpo se acaba y las palabras siguen. El cuerpo también lo da un gaucho bruto y zaparrastroso y con eso no se hace una nación.

PAZ. Y sin eso tampoco.

Pausa.

IDA. «Marzo de 1868. Usted está enfadado conmigo y no lo merezco. Le he escrito dos o tres largas cartas, quizá sin decir mucho en ellas, pero probándole que no lo he olvidado. ¡Cómo si yo pudiera olvidarlo, ingrato! Tengo el tiempo justo para escribirle estas pocas líneas a solas, y usted sabe todo lo que no puedo escribir. Escríbame a la dirección de mi madre Catherine Conrad, es más secreta y segura».¹⁷

EL LOCO hace caso omiso al reclamo.

EL LOCO. Cuando usted me necesita yo vengo. Y ahora que yo lo necesito... ¿No sé da cuenta que estoy mal? ¿Cómo puede ser tan insensible y terco? ¿Tiene aguardiente?

PAZ. ¡Váyase!

EL LOCO comienza a trepar hacia la ventana.

Loco: Tengo una mala noticia.

PAZ. ¡Váyase!

EL LOCO. Es tan importante como su matrimonio. O más.

PAZ se intriga.

PAZ. Hable.

EL LOCO. Mataron al Tigre.

PAZ. ¿Cómo?

EL LOCO. Sí, mataron al Tigre.

Pausa larga.

PAZ. ¿Quién?

EL LOCO. No se sabe.

PAZ. ¿Dónde?

16. *La Nación Argentina* (7 de julio de 1867) haciendo referencia a una carta aparecida en «El Mercantil» de La Plata.

17. Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde EE.UU.

EL LOCO. En Córdoba. En un paraje: Barranco Yaco.

Ambos permanecen en silencio y con la cabeza gacha.

PAZ. ¿Y por qué está tan triste?

EL LOCO. Porque nos quitaron la oportunidad de degollarlo nosotros mismos.

PAZ. Fusilarlo.

EL LOCO. Degollarlo.

PAZ. A mí se me escapó dos veces. En La Tablada, lo vi de cerca. ¡Qué fiera, Dios! ¡Qué animal salvaje! Pero no era un guerrero, era un asesino.

EL LOCO. El Degollador va a buscar venganza. Así que cásele rápido.

IDA. «Chicago, 1 de julio de 1868. Mon cher ami: He tenido el placer de recibir su última carta. Gracias por las buenas noticias que me da. [...] Ahora usted está feliz, y exclamo: Vive le Président! [...] Para antes del próximo noviembre deseo un hermoso traje de fiesta, de seda, del mismo color que le envió, rojo, escarlata o cereza, pues es un color que por la noche viene muy bien a mi cutis».¹⁸

PAZ. ¿No le va contestar?

EL LOCO levanta los hombros y con un gesto le resta importancia. PAZ busca una botella que tiene escondida. Llena dos vasos y se lo alcanza a EL LOCO. Beben en silencio.

EL LOCO. ¿Cómo se siente?

PAZ. Feliz. Hoy tuve dos muy buenas noticias.

EL LOCO. Yo no. Estoy como vacío. Siento congoja, angustia.

Pausa.

EL LOCO. Facundo tenía genio. Le escribí un epitafio. (*Saca del bolsillo de su robe un papel arrugado. Lee.*) «¿Qué ha de poder con mi alma? ¿Muere acaso el pampero, mueren las espadas? Ya muerto, ya de pie, ya inmortal, ya fantasma, me presento al infierno que Dios me ha marcado».¹⁹ ¿Le gusta?

PAZ hace gesto con la mano que más o menos. EL LOCO tira el papel.

EL LOCO. Mala suerte. Otro lo escribiré mejor. Recemos.

PAZ. ¿Usted?

EL LOCO. Sí. Han matado al Tigre. Ahora creo en Dios.

PAZ. La fe verdadera no es una mercancía, es una gracia. Se tiene a cambio de nada.

EL LOCO hace arrodillar a PAZ.

PAZ. «Poderoso Dios y Padre de todas las criaturas, que siendo inmensamente justo y bueno, castigas el vicio y otorgas tu beneficio a los que imploran con humildad y fe sincera...»²⁰

18. Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde EE.UU.

19. Sobre la poesía de Jorge L. Borges *El General Quiroga va en coche al muere*.

20. Oración personal escrita por el General Paz.

EL LOCO. ¡No, eso no! «¡Oh, Divina Providencia, Tú, que hiciste al Degollador carcelero y guardián del que está destinado desde lo Alto, a matarlo, ¡Protege Dios las armas del honrado general Paz!»²¹

PAZ. ¿Qué armas? Muerto el Tigre, mi vida no vale nada.

IDA. «My dear friend: Era justamente lo que temía, que sus ocupaciones públicas destruirían todo recuerdo, todo amor por los que estamos lejos. Pensez toujours à moi, je vous embrasse de tout mon coeur! [...] Yo también desearía ir. Y usted ¿lo desea? Por favor, para matar todos los indios consiga suficiente pólvora y haga volar a López y el Paraguay. Y dé al Congreso una dosis de medicina para descomponerlos. Entonces podrá hacer lo que le plazca y tendrá tiempo para escribir. Me sorprende que Mitre se oponga a usted con respecto a la Educación. Me interesé mucho en el relato del banquete al general Osorio, en su Mensaje, etc. Por favor, escriba cuando pueda. Soy, como siempre, sinceramente suya, Ida L.W.»²²

PAZ. ¡Por favor, conteste sus cartas!

EL LOCO. ¿No se da cuenta que es una tilinga?

PAZ. Destruyó ese matrimonio y ahora se desentiende.

EL LOCO. Cuando llega un amante, el matrimonio ya está destruido.

PAZ. O sea que usted no es responsable de nada.

Suenan interminables las campanadas de la iglesia. PAZ consulta su reloj y cuenta las campanadas. EL LOCO lo sacude, irritado.

EL LOCO. Si no quiere rezar, brindemos. Ahora nos falta solamente el Degollador. Tenemos que planificar su fuga.

PAZ. ¿Sabe arreglar relojes?

EL LOCO. ¿Históricos?

PAZ. No se haga el tonto.

EL LOCO. ¿Qué le pasa?

PAZ. Da cualquier hora. Atrasa o adelanta a su capricho.

IDA. «Chicago, 12 de febrero de 1870. ¡Ojalá pudiera saber si usted recibe todas mis cartas! Porque le he escrito cada mes. [...] Conservo todas sus cartas y a menudo las releo. Sarmiento, llévame contigo. Puedo enseñar inglés en tu patria».²³

PAZ. Conteste, por favor. ¡Esa mujer nos va a volver locos!

EL LOCO. No quiero que venga a la Argentina. Ida fue un consuelo frente a la muerte de Dominguito en Paraguay. Yo siempre amé a Aurelia.

PAZ. ¿Aurelia? ¿Otra casada?

Pausa larga.

21. Oración sobre textos de *Facundo*, de Sarmiento.

22. Carta de Ida Wickerman a Sarmiento, desde EE.UU.

23. Ídem.

PAZ. No tenemos nada en común.

EL LOCO. El odio al Degollador.

PAZ. Odio, no. El Degollador es un tirano que está sometiendo a la República. Odio, no. El odio no construye una Nación. Hay que vencerlo y punto.

Pausa.

EL LOCO. Usted no sabe nada de política.

PAZ. ¿Y usted sí?

EL LOCO. Yo soy la política. Yo hago cualquier cosa por vencer.

PAZ. Odio, inmoralidad, lujuria. ¿Qué orden podemos imponer si no es sobre la moral?

EL LOCO. Por ser así es impopular.

PAZ. ¿Entre quienes? Entre los ambiciosos, los ladrones del dinero público, políticos acomodaticios. «Hay que estar siempre en guardia, con los superiores, con los inferiores, con los que se manifiestan amigos y con los indiferentes».²⁴

EL LOCO. No le debe extrañar que ahora no tenga amigos que lo ayuden a fugarse. Cuando usted estuvo en el poder no hacía nada por tenerlos.

PAZ. ¿Qué prefieren, la tiranía de franceses e ingleses en lugar de la tiranía del Degollador? ¿Para qué hicimos la guerra de la Independencia entonces si traemos otro imperio?

EL LOCO. El progreso de los pueblos vale cualquier costo.

PAZ. Una república sin moral no vale nada.

EL LOCO. La moral del progreso es sucia.

PAZ. La moral es una sola. La de Dios y punto.

EL LOCO. La moral de los curas es el atraso. Con los curas jamás tendremos progreso. Son regresivos, ignorantes...

PAZ. Respete mi religión. Y si sigue hablando así de la Iglesia de Dios, ¡lo mato!

Pausa.

PAZ. ¿Por qué todos ustedes me buscan, si no me toleran? No veo más que traición, malicia, ignorancia, venalidad, sórdida codicia. ¿Por qué me buscan?

Pausa.

EL LOCO. Porque usted es el mejor militar que tenemos.

PAZ. Tan bueno no seré, si me apresaron así.

EL LOCO. ¿Qué exporta la Argentina?

PAZ. Tasajo.

EL LOCO. El tasajo que el Degollador vende para alimentar los esclavos de Centroamérica es carne muerta y salada. Como la de esos negros. ¿Qué conocimiento, qué de la inteligencia exporta este desierto que somos? Nada, excepto usted.

24. De las Memorias del general Paz.

PAZ. ¿Yo?

EL LOCO. Sí. Sus tácticas de guerra se estudian en las academias militares de Europa. Por eso El Tirano no lo mata.

PAZ. Hasta hoy.

EL LOCO. Ni nunca. El degollador es avieso y calculador, astuto detrás de sus ojos celestes. Lo quiere para él. Sabe que si logra convencerlo será invencible.

Pausa larga.

EL LOCO. Usted no entenderá nunca la política, nunca. Su moral católica se lo impide. La moral de los curas es para que la crean los otros. El mundo es una suciedad. Usted peleó contra los españoles porque es un patriota. Pero cuando vio el caos del derrumbe colonial, como buen católico, se asustó. Usted no quiere el progreso de la República, usted quiere restaurar el orden de los curas. Por eso no encuentra su lugar. ¿De qué sirve su ética, su moralismo, si no tenemos industria, si no tenemos fábricas? Es un orden de viejas rezando novenas, de curas paseando con su incienso. El progreso lo hacen los hombres sucios, los codiciosos. Y no los santos, o las imitaciones de santos como usted pretende ser. Mire: ni usted mismo sabe qué hacer con su instinto. Desea a su sobrina y no la toma, quiere el progreso de la república y no lo realiza. ¿Por qué? Porque todo es sucio, oscuro y confuso. En cambio, usted es puro, íntegro y finalmente inútil. Usted es otro restaurador. Si hasta para casarse ha buscado un familiar.

PAZ. Yo no hice la guerra a los bárbaros para parecerme a ellos. No vencí a Quiroga en La Tablada para tomar su lugar. El orden no es una siesta cordobesa al borde de los arroyos. El orden es fundamental en las batallas, en el progreso, en la vida amorosa. El orden es un pulido engranaje, es matemática pura, limpia. Nada se puede realizar sin esa quietud que sólo da el orden. Yo no soy un político, soy un científico. Mi guerra contra Quiroga no es el espectáculo sangriento de hombres que se matan entre sí. En la batalla hay un teorema, hay una incógnita matemática a resolver. Quiroga no era tan peligroso por su política sino por su forma de guerrear. La guerra que yo libré fue entre la matemática y el coraje animal, entre el orden y la improvisación, entre el cálculo racional y el burdo entusiasmo, entre el entrevero de la montonera y el orden táctico disciplinado. Yo luché por el triunfo del espíritu sobre el instinto, del carácter sobre el temperamento. Si no es así, ¿qué diferencia hay entre Quiroga y yo, entre Quiroga y usted?

Pausa.

EL LOCO. Entre Quiroga y yo: ninguna. ¡Yo soy el Quiroga de la civilización, el forajido del progreso, el montonero de la libertad y el orden futuro!

Pausa.

EL LOCO. Usted es el conocimiento experto en la mente equivocada. Como Lavalle, como Dorrego.

PAZ. O el Tigre.

EL LOCO. Usted sabe muy bien cómo cuesta luchar contra alguien de talento, aunque sea un asesino. El Tigre era un caudillo con genio.

PAZ, extraño a su carácter y a su habitual compostura que se confunde con envaramiento, lanza una carcajada, imitando a EL LOCO.

PAZ. «¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que te levantes a explicarnos las convulsiones internas que desgarran las entrañas de nuestro pueblo! Tú, Facundo, posees el secreto: ¡revélanoslo! Los argentinos, dicen: ‘¡No, Quiroga no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!’ ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en Sarmiento. Sarmiento, y no Rosas es su complemento: El alma del bárbaro Quiroga y el escritor Sarmiento es la misma. En Sarmiento es más perfecta, más acabada. Lo que en Quiroga era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Sarmiento en sueños de progreso y literatura».²⁵

Pausa.

PAZ. Usted no escribió el *Facundo*, usted escribió el *Faustino*.
Suenan campanadas. Se escucha la voz de MARGARITA cantando un cielito. Entra en la celda con una vela en la mano.

MARGARITA. Cielito digo que sí
cielito digo que no
aunque no te vea nunca
siempre yo pienso en vos.

PAZ. ¡Amor, amor, amor! ¡Qué noche más horrible! (*Intenta tocarla.*) Sólo tú eres mi consuelo en esta celda.

MARGARITA se mantiene distante.

PAZ. Ya tenemos la dispensa del Arzobispo de Buenos Aires. ¡Qué feliz soy! (*Con gracia.*)
Margarita Agustina Ester Josefa: ¿quieres por esposo a José María del Rosario Ciriaco?

PAZ se acerca y la joven retrocede.

PAZ. ¿Qué pasa, amor? Ya le dije al padre Cabrera que por la tarde venga a visitarme y allí, frente a madre, nos casaremos. Ven, dame un beso.

PAZ intenta abrazarla y ella se escapa.

MARGARITA. No quiero casarme contigo, no te amo, no te amo.

PAZ queda paralizado.

PAZ. ¿Qué dices? Estás asustada. Mira: no tienes que vivir aquí conmigo en la celda. No, no. Hablamos eso, pero son cosas que se dicen los enamorados. Vivirás afuera y podrás venir a visitarme.

La joven niega con la cabeza.

MARGARITA. No te amo, no te amo.

PAZ. Mi dulce Margarita...

MARGARITA. Estaba aburrida, Paz. Eso es todo. Lo nuestro terminó.

25. Texto sobre las frases iniciales de *Facundo*.

PAZ. ¿No te casarás conmigo?

MARGARITA. Ya hemos vivido, tío, ya hemos vivido.

Sopla la vela y la celda queda a oscuras. Suenan insólitas campanadas.

PAZ. ¡Margarita, Margarita!

La celda queda en silencio y a oscuras, sólo se escuchan la agitada respiración de PAZ. Se escucha el murmullo de una voz masculina que poco a poco va adquiriendo claridad. La voz se modula de un modo exclamativo.

«¡Que viva la Patria
Libre de tiranos!
Que triunfen felices
Los Americanos.
Sí, triunfarán, sí. Yo creo
Que os encontraréis contestado.
Mis esforzados campeones
harán cenizas
A los siervos de Fernando.
*El miserable puñado
de hombres se llamará
Sepulcro de los tiranos.*»

Una a una, se encienden todas las velas de la celda. Es un militar: El general BELGRANO, que con unos papeles en la mano, dice otro parlamento. PAZ lo descubre y se cuadra con solemnidad.

PAZ. ¡Mi general Belgrano!

BELGRANO. (Sorprendido.) Hola, Paz.

PAZ. Un abrazo, mi general.

BELGRANO. Claro, amigo, claro.

El abrazo de PAZ expresa cariño, alegría y una contenida angustia. El de BELGRANO es más relajado y descuidado.

PAZ. Usted será siempre mi general.

BELGRANO. ¿Qué hace acá?

PAZ. No sé..., no sé...

BELGRANO. ¿Está afuera de servicio?

PAZ. No sé...

BELGRANO. ¿Cómo no sabe?

PAZ. Estoy prisionero.

BELGRANO. ¿De quién?

PAZ. De López...

BELGRANO. ¿Estanislao López, el proto gaucho de la República? (*Se ríe.*) Ese no lo puede tomar prisionero ni que agarre dormido.

PAZ. Pero es la triste verdad.

Comienza el rumiar obsesivo y autista de su apresamiento. Ahora a su Jefe, BELGRANO.

PAZ. El baqueano me dijo si quería esa senda y acepté. Y por la senda di con el lado izquierdo de la enemiga. El ejército federal no tenía divisa punzó sino blanca. Y yo tenía un gran chaquetón nuevo, con el que nunca me habían visto. Se adelantó Arana y yo lo seguí; a muy corta distancia se venían los caballos, sin imaginar siquiera que fuesen enemigos y yo seguía confundido, dirigiéndome siempre a ellos.

BELGRANO. No dé más vueltas al pasado, ya está.

PAZ. Tuve mil ideas confusas; se me ocurrió que los nuestros nos desconocían; que podía ser un juego o chanza, común entre los militares. Oí con la mayor distinción una voz que gritaba: «Párese, mi general»; «No le tiren que es mi general».

BELGRANO trata de contener el frenesí de PAZ.

BELGRANO. Ya está, Paz.

PAZ. Tiré las riendas de mi caballo y volví la cara para cerciorarme. Uno de los que me perseguía, con un acertado tiro de bolas, dirigido de muy cerca, inutilizó mi caballo, que se puso a dar terribles corcovos y me hizo venir en tierra.

BELGRANO. Así es la batalla. Usted lo sabe muy bien: errores y aciertos instantáneos. Venga, venga. (*Persuasivo.*) Me viene faltando otro argentino, así que necesito que me lea esta parte. Yo soy yo: Belgrano. ¿Ve? ¿Puede ser?

PAZ lo mira desconcertado. Ante un firme gesto de BELGRANO, PAZ comienza a leer, confundido y titubeante.

PAZ. Si os rindiereis, obtendréis
los honores acordados
por la guerra: recibiendo
él más respetable trato
de un hijo del Sud, que aprecia
la sangre de sus paisanos
cual la suya, y que deplora
vuestros sistemas errados.
(*Imperioso.*) Entre la muerte o la vida,
gloria, o infamia, en el acto
lo que eligiereis decid,
pues con impaciencia aguardo.

PAZ. Usted fue mi ejemplo.

BELGRANO. Gracias, gracias.

PAZ. No me acomodo a la época que me toca vivir.

BELGRANO. Bueno, eso nos pasa más o menos a todos.

- PAZ. No veo generalmente más que malicia, traición, ignorancia, venalidad, sórdida codicia.
- BELGRANO. El mundo siempre ha sido igual.
- PAZ. No me canso de decirle a El Loco todas las noches: hombres como usted ya no existen.
- BELGRANO. Es verdad. Yo ya no existo. Estoy muerto.
- PAZ. Lo sé. No pude llegar a verlo porque la sublevación de Córdoba me tenía ocupado.
- BELGRANO. No importa, Paz. Sigamos, sigamos.
Decidle a vuestro engañado jefe:
que deje volver a su hogar
los míseros que arrastrados
trae por la fuerza, y se rinda
con los pactos que ha insinuado.
- PAZ. Mientras un guerrero cuente
el ejército del Alto
Perú, no admitirá nunca
tales vergonzosos pactos.
- BELGRANO. Culpad si son vergonzosos
a quien los haya dictado.
- PAZ. Está bien. Quedad con Dios.
- BELGRANO le hace un gesto de que se retire. PAZ, desconcertado, no sabe qué hacer.*
- BELGRANO. Siga el texto, Paz. Ahí dice: «Váse».
- PAZ se retira, pero sólo un poco.*
- BELGRANO. Él os guarde muchos años.
- PAZ. General: ¿Qué estamos haciendo?
- BELGRANO. ¡Cállese! ¡Es una orden!
Caramba, y qué fanfarrón
Es el tal parlamentario!²⁶
- BELGRANO. ¿Qué son esos cañonazos?
- PAZ. ¿Qué cañonazos?
- EL LOCO. (Canta.) Le da duro el manco Paz
«entre el humo y los balazos
y tan duro que parece
que no le faltara un brazo».²⁷
- BELGRANO. Que si acaso no me engaño
dentro de muy pocas horas
estaremos atacando.
nosotros y los contrarios

26. Todos los textos teatrales en verso pertenecen a *Defensa y triunfo del Tucumán por el general Belgrano*, de Luis Ambrosio Morante. Estrenada el 30 de junio de 1821, un año después de la muerte de Belgrano.

27. Sobre los versos de la chacarera *El manco Arana*, de los Hnos. Núñez.

a sus destinos, volando.
¡Hijos de la libertad!
¡vuestro deseo ha llegado!

EL LOCO. ¡Victoria! ¡Viva el general!

Comienzan a sonar campanadas, descontroladas.

PAZ. (A EL LOCO.) ¿Qué está pasando? ¿Qué es este teatro? ¿Dónde estamos?

BELGRANO. En la muerte.

PAZ. Yo estoy prisionero pero no he muerto.

EL LOCO. En la muerte, sí.

PAZ. No. Yo me voy a casar mañana.

BELGRANO. Usted, El Loco y yo, estamos muertos. Quiroga, Peñaloza, San Martín, Irigoyen: muertos. Mitre, Roca, Pellegrini, Frondizi, Perón: todos muertos, en el Panteón de la Patria. Todos sombras en las sombras del pasado.

PAZ. ¿Y qué es esta noche entonces?

EL LOCO. No es noche ni tiempo ni nada. Cada cual vuelve a los momentos en que fue feliz: Usted al encuentro del ansiado amor, El Loco a la muerte de Facundo, a su libro y sus mujeres; y yo a la batalla de Tucumán que el teatro argentino canta.

PAZ. La batalla de Tucumán, aquella batalla bíblica...

BELGRANO. Peleamos en medio de una tormenta de tierra sin ver a quien matábamos o quien nos sacaba la vida.

PAZ. ¿Y la manga de langosta que oscureció el cielo de repente?

EL LOCO. «Venga, Aurelia, al Paraguay y juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida. [...] Venga, que no sabe la bella durmiente lo que se pierde de su príncipe encantado».²⁸

BELGRANO. Tanta procura y ahora somos simulacros.

PAZ. ¿Y la Argentina, qué es de la Argentina?

EL LOCO. «Argentinos: amalgama de razas incapaces e inadecuadas para la civilización».²⁹

Se escuchan gritos desde afuera: «¡Asesino! ¡Loco! ¡Abajo la chancha renga!» EL LOCO reacciona con furia. Trepa y colgado desde la ventana, les grita.

EL LOCO. ¡Todos ustedes son mis hijos, todos!

BELGRANO. ¡Por favor, basta!

EL LOCO. Yo les di la escuela pública. Para putearme o para alabarme. Así que todos son mis hijos.

BELGRANO. ¡Sarmiento: basta de escándalos! ¿Para qué estamos muertos si no?

EL LOCO. Es que la pendejada...

28. Carta de Sarmiento a Aurelia Vélez desde Paraguay.

29. Frase de Sarmiento.

Apichonado por el reto de BELGRANO, EL LOCO se baja de la ventana.

- BELGRANO. Siempre es la batalla, nunca la victoria. Se va un invasor y viene otro.
- AURELIA. «Ese es mi hombre. Yo lo abracé y lo besé. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y él la sostuvo con esas manos enormes y fuertes. Compartí sus incertidumbres y sus angustias. Lo vi dudar y alegrarse. Tuvimos miedo y muchas veces lloramos juntos. Y ahora quedará hecho estatua en medio de esos árboles de los que tantas veces me hablo y que yo misma le vi plantar. ¡No, no quiero verlos convertido en bronce...! ¡No quiero verlos convertidos en bronce...!»³⁰
- PAZ. ¿Por qué me llaman siempre a mí para ganar las batallas?
- EL LOCO. «Los argentinos somos pobres hombres llenos de pretensiones y de inepticia, ignorantes, e inmorales y apenas en la infancia.»³¹
- PAZ. ¿Los ingleses han vuelto? ¿Los franceses insisten en subir el Paraná? ¿Nadie sabe algo de la patria? Tengo otra vez mi mano derecha.

EL LOCO canta desafinadamente la chacarera. BELGRANO acompaña con palmas. PAZ enojado golpea su mano.

- EL LOCO. Y la pierde en Venta y Media
mientras se van retirando
con el muerte en los talones
no la perdió saludando.
Ya se cae, se está cayendo
con sus dos brazos abiertos
el izquierdo, nuevo y fresco
el derecho, un niño muerto.
- PAZ. ¡Yo no quiero esta mano, yo no quiero esta mano! Soy el Manco Paz y esta mano no la necesito. ¿Qué este milagro, esta pesadilla? ¿Qué año, qué siglo es? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Loco, General: podemos conocer el futuro? ¿Saber algo? ¿Hay patriotas todavía? ¿Alguien sabe algo? ¿Qué somos? ¿Dónde está el mundo? ¿Cómo es el futuro? ¿Alguien sabe algo?

FIN

30. Carta de Aurelia Vélez desde París, en 1900, con motivo de la inauguración de una estatua de Sarmiento.

31. Frase de Sarmiento.